

tampoco habría destruido las prevenciones. Además el príncipe, que es un militar valiente y distinguido, jamás ha demostrado tener aptitudes políticas y no habría podido orientarse en medio de las complicaciones de un país completamente nuevo para él.» Benedetti le escuchaba algo distraídamente porque comprendía que no obtendría la declaración perentoria que hubiera deseado. Al dar cuenta de la entrevista, el embajador manifestaba cierta perplejidad: dos meses antes, el Sr. de Thile no había vacilado en desmentir toda candidatura alemana y aun había empeñado su palabra de honor; en cambio, ahora parecía que Bismarck, acosado por alguna segunda intención, no quería, bien que mostrándose tranquilizador para el presente, enajenar su libertad para el porvenir. El Sr. Benedetti expresaba en su despacho, en términos muy claros, su impresión: «El Sr. de Bismarck, decía, ha tratado de persuadirme de que los rumores de que nos ocupábamos no tenían ningún fundamento; pero se ha abstenido de darme formal seguridad de que el rey no permitiría en ningún caso al príncipe Leopoldo aceptar la corona que le fuese ofrecida.»

El año 1869 transcurrió en medio de diversas preocupaciones que relegaban á segundo término los asuntos de España. Dos ó tres veces hablaron los diarios del príncipe Leopoldo, pero en términos muy vagos y en artículos de los que no se hizo ningún caso hasta después de consumados los acontecimientos. Con fecha de 14 de julio de 1869, un banquero de Berlín escribió al general Serrano ponderándole las ventajas de la candidatura Hohenzollern (1). ¿Era espontánea aquella carta ó, por el contrario, habría sido inspirada por Bismarck, deseoso de tener reservada para el momento propio una empresa que no se atrevía aún á acometer? Después de la entrevista del Sr. Benedetti con el primer ministro prusiano, no hubo, según parece, ulteriores explicaciones. En el otoño, el Sr. Drouyn de Lhuys, ex ministro de Negocios extranjeros, envió al emperador varios documentos á modo de avisos (2). Napoleón, muy solicitado por los partidarios de la reina Isabel, habíase inclinado, creyéndola todavía posible, á la solución favorable al príncipe de Asturias, y en su consecuencia había comenzado por mostrarse hostil á la candidatura portuguesa del rey Fernando (3); pero á medida que transcurrió tiempo, pareció mantenerse en una benévola abstención respecto del gobierno español, y con ocasión de recibir á uno de los ministros de Serrano, el Sr. Silvela, limitóse á formular votos por la feliz solución de la crisis: «España, dijo, es la única dueña absoluta de sus destinos; sólo deseo que llegue al más alto grado de dicha y de prosperidad (4).»

¿No era tal vez excesiva esta reserva y no hubo quizás un error inicial en la orientación de la política francesa? En Berlín había un jugador temible, de equívocos sentimientos, hábil en buscar el punto sensible por donde podría atacarnos y atento á tener siempre aper-

(1) Antonio Pirala, *Historia contemporánea*, tomo III, página 392.

(2) Pradier-Fodéré, *Documents diplomatiques*, pág. 48.

(3) Antonio Pirala, *Historia contemporánea*, tomo III, páginas 385 y siguientes.

(4) Sesión de las Cortes, de 3 de octubre de 1869.

cibidas sus armas, hasta cuando las dejaba en reposo. Todo lo que en Prusia era peligroso convertíase, por el contrario, en fácil en España: no había allí malos recuerdos y sí vínculos de una amistad tradicional, á los que se añadían las relaciones personales de Prim con el emperador. Estas circunstancias aconsejaban ó parecían aconsejar que se negociase secreta y amistosamente en Madrid y que, dejando toda la latitud para la elección del soberano (aunque éste debiera llamarse Montpensier), se obtuviese, cuando aún era tiempo, la exclusión de toda candidatura prusiana, en nombre del equilibrio europeo y de la paz del mundo. Pero, no obstante estas apariencias, prevaleció, al parecer, en 1869 la misma conducta que al año siguiente había de llevar el debate supremo á Berlín en vez de llevarlo al otro lado de los Pirineos: diríase que en ambas épocas se juzgó secundaria ó desdeñable la acción en Madrid. Serrano tuvo tres ministros de Estado que fueron los señores Silvela, Martos y Sagasta; pues bien, los tres declararon posteriormente que ninguna comunicación les había sido dirigida en nombre del gabinete de las Tullerías sobre la candidatura Hohenzollern; y según se asegura, lo único que hubo fué un despacho del señor Olózaga, embajador en París, el cual en una ocasión manifestó que, según todas las apariencias, Napoleón vería con desagrado que un príncipe alemán se sentara en el trono de España (5). Tal vez esta actitud se inspiraba en un sentimiento de excesiva delicadeza que hacía considerar más arrogante, más generoso, dirigirse á Berlín, en donde residía la fuerza, que influir sobre la débil España; acaso también, después de haber reclamado la exclusión de Montpensier, causaba en Francia cierto embarazo formular nuevas exigencias. Otro motivo explicaría asimismo esta abstención: en una nación susceptible como la española, cualquiera intervención provocaría, en cuanto se trasluciese, una rebelión y bastaría que le prohibieran elegir un candidato para que inmediatamente lo idolatrara.

Las Cortes, en tanto, habían votado la Constitución, que era una constitución monárquica; y mientras se esperaba al monarca ensayóse un gobierno provisional, confiriéndose al efecto á Serrano la dignidad de regente y á Prim el cargo de presidente del Consejo. Este último era el hombre de acción, el hacedor de rey; pero por desgracia el rey no se encontraba, con todo y ser la corona que debía ceñir una de las más gloriosas y más antiguas del mundo. En realidad de verdad, el estado de la Península presagiaba al soberano futuro más cuidados que descanso, pues en las montañas agitábanse los carlistas y en otras partes los republicanos. Mas como la misma anarquía que descorazonaba á los pretendientes hacía más necesario un gobierno estable y fuerte, Prim prosiguió sus exploraciones monárquicas con laudable perseverancia. Haciéndose la ilusión de que la negativa formulada por el rey Fernando de Portugal no era irrevocable, encargóse á un elevado personaje de la corte de Lisboa que sondeara el ánimo del candidato; pero de nuevo fué declinado el ofrecimiento. ¿Contaba Prim mucho con Portugal? Cabe dudarlo, puesto que en aquel mismo tiempo fué cuando nueva-

(5) Véase *Further correspondence respecting the war between France and Prussia*, pág. 42.

mente volvió los ojos á Alemania. Esta vez las insinuaciones fueron más concretas, sin por esto convertirse todavía en negociaciones. El intermediario fué el señor Salazar, quien, á mediados de septiembre de 1869, partió de Vichy para avistarse con el príncipe de Hohenzollern, siendo recibido muy secretamente en el castillo de Weinburgo, cerca de Rheineck, por mediación de un diplomático prusiano, el Sr. de Werthern, que le

Así comenzó el año 1870. Candidatos portugueses, italianos, borbónicos, todos rechazaban el ofrecimiento de la corona, y la prensa europea observaba con atención burlona esos viajes perpetuos en busca de un monarca. Los unos se asombraban de que España no pudiera encontrar el *príncipe encantador* con quien soñaba; los otros deducían del largo interregno un argumento en favor de la República, diciendo que mucho



Amadeo, duque de Aosta, candidato al trono de España

había conocido en Madrid en otro tiempo. El recibimiento fué cortés, pero reservado: el príncipe Antonio no quiso contraer ningún compromiso, y el príncipe Leopoldo formuló condiciones que equivalían á una negativa (1). Prim, siempre en busca de una solución para su patria, pensó otra vez en Italia y concibió la candidatura del duque de Génova, sobrino del rey, que era un adolescente que terminaba su educación en Inglaterra y no sospechaba el peligro que corría su juventud. La madre del joven príncipe mostróse hostil á la aceptación y lo propio hizo su abuelo, el rey de Sajonia; y en los primeros días de enero, la *Gaceta oficial* de Italia consignó la negativa solemnemente. Al propio tiempo disminuían las probabilidades del duque de Montpensier, quien fracasaba en una elección parcial en Asturias.

(1) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, páginas 5-7.

debía de haber menguado el prestigio real para que un trono (¿y qué trono, el de Carlos VI!) permaneciese vacante ó desdeñado, y añadiendo, en forma de consejo, que á fuerza de buscar un rey en vano, los españoles acabarían por prescindir de él. En medio de tan gran penuria, las miradas de Prim se dirigían instintivamente á Alemania; y aunque las negociaciones allí entabladas antes habían fracasado, ¿no era aquel el momento oportuno de reanudarlas? Creer que la perspicacia del general no previó las consecuencias de tales gestiones sería atribuirle una ligereza imperdonable. En cuanto cabe penetrar dentro del alma humana, puede afirmarse que Prim tuvo la percepción del peligro, pero confusa, debilitada y velada por toda suerte de consideraciones que oscurecían su claro talento. Era seguro que el emperador de los franceses se sentiría algo disgustado; pero ¿era por ventura cosa fácil contentar á Francia que rechazaba la República y rechazaba asimismo á Montpensier? Después de todo, Napoleón no

había formulado un *veto* positivo y en Madrid se ignoraba el lenguaje empleado en mayo de 1869 por el señor Benedetti en Berlín. El estadista español, á fuerza de pesar los méritos del candidato, llegó á persuadirse de que se lograría borrar el origen de Leopoldo: éste no pertenecía sólo á Prusia, sino también á Portugal por su matrimonio, á Bélgica por su enlace con los Coburgos, á la familia de los Bonaparte por los vínculos que le unían á los Murat, á los Pepoli, á los Beauharnais; y siendo pariente de todo el mundo, fácil había de serle no entregarse á nadie. Un argumento calmaba los temores, y era que en otro tiempo Napoleón había contribuído á la elevación de Carlos de Rumanía; y habiendo favorecido á uno de los dos hermanos, ¿sería invenciblemente hostil al otro? Aunque las objeciones eran demasiado firmes, Prim contaba con su habilidad y con la consideración que Napoleón le dispensaba, y se lisonjeaba tanto más de convencer á éste cuanto que era de muy antiguo amigo suyo.

De esta suerte se afirmaba poco á poco una idea que, en un principio, ni en Berlín ni en Madrid había apenas nadie osado acariciar; y lo que había sido, en su origen, considerado como fantasía de publicista ó como expediente de todo punto subsidiario, iba á revestir el aspecto de una solución. El año 1869 había sido el de los malos pensamientos, seguidos sólo de algunos tímidos ensayos; el año 1870 sería el de las grandes intrigas. Había llegado el momento en que de la conjunción de las dificultades españolas y de las ambiciones prusianas surgiría el plan funesto que nuestra patria no olvidará jamás.

VIII

El agente más activo de la intriga es Salazar, que se muestra infatigable: á principios de 1869 reveló, en una memoria, al pueblo español el nombre de Leopoldo de Hohenzollern; en septiembre fué, en calidad de mensajero secreto, al castillo de Weinburgo y como verdadero tentador hizo brillar ante los ojos del padre y del hijo la corona de España; dos meses después manifestó su actividad con un nuevo folleto; y ahora vuelve á la carga cerca de los que gobiernan su país. Su mayor fuerza reside en el desaliento de Prim, y después de haber obtenido su adhesión y cartas para Bismarck y para el rey, parte á fines de febrero de 1870, no ya para un castillo apartado como el de Weinburgo, sino para Berlín, es decir, para el lugar en donde todo puede decidirse. Su viaje está envuelto en el misterio más profundo; el embajador de España en Berlín no está en el secreto y menos aún, naturalmente, el Sr. Olózaga que representa en París al gobierno de Serrano. El rey de Prusia no recibe al emisario, el cual, para no despertar las sospechas, permanece muy poco tiempo en Berlín; bien que al regresar á su país deja ya la negociación iniciada.

Y tan bien iniciada está, que los grandes actores de la política prusiana comienzan á celebrar conciliábulos: el rey se muestra perplejo, formula objeciones y se niega á influir en la resolución final; el príncipe real teme el estado de anarquía en que se agita España y excita á Leopoldo á que presente sus condiciones, es decir, á que se asegure, no sólo para el presente, sino también para el porvenir, el apoyo de Prusia; y en cuanto á Bismarck

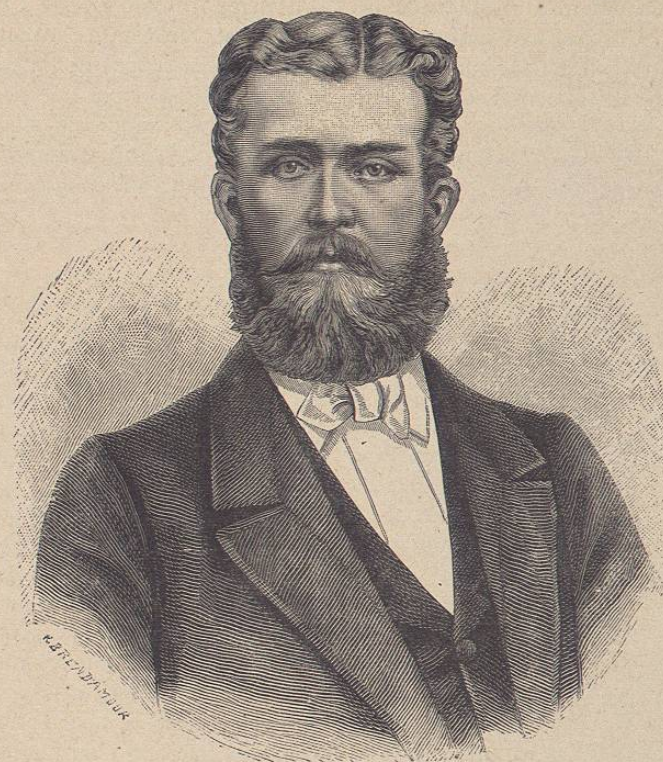
no titubea en aconsejar la aceptación y en este sentido dirige una memoria al soberano diciéndole que desde el punto de vista político será muy ventajoso, en caso de guerra, contar con la amistad de un pueblo situado en la frontera meridional de Francia, y que desde el punto de vista económico el comercio alemán podrá encontrar en España fructuosos mercados. En 15 de marzo de 1870 celébrase en Berlín una conferencia que es á la vez consejo de gobierno y consejo de familia: presídela el rey y en torno suyo se sientan el príncipe real, el príncipe Antonio, su hijo Leopoldo, Bismarck, Moltke, Roon, Schleinitz, Thile y Delbruck (1), todos los cuales, á pesar de las objeciones de los días precedentes, se declaran favorables á la aceptación, diciendo que «es un deber patriótico prusiano.» Leopoldo, sin embargo, vacila y finalmente se niega; é inmediatamente parece que se desvanece toda la intriga. Pero el príncipe Antonio, muy excitado y muy ambicioso para su familia, sugiere en seguida otra combinación; apunta, en defecto de Leopoldo, el nombre de otro de sus hijos, el príncipe Federico, *Fritz*, como se le llama; y la intriga renace. Fritz, aunque mucho más joven, hállase en la edad viril como Leopoldo, y como Leopoldo es católico y oficial prusiano. *Uno avulso non deficit alter*: ¿qué les importa á los españoles, con tal de tener un rey, que éste sea Leopoldo ó Federico?

En 20 de marzo de 1870, el príncipe Antonio escribía á su hijo Carlos de Rumanía: «Desde hace quince días estoy sumamente ocupado con importantes asuntos de familia: se trata nada menos que de aceptar ó rechazar la corona de España.» En el entretanto, aquel Fritz, á quien una deliberación á puerta cerrada trataba de elevar á uno de los más antiguos troncos de Europa, viajaba lejos de Alemania; según decía su padre, encontrábase entre París y Niza, á no ser que estuviera todavía en Italia; pero el telégrafo funcionó repetidas veces sin lograr descubrir su paradero. «Son grandes proyectos para el porvenir, escribía á Bucarest el príncipe Antonio; es preciso guardar el secreto.» Y añadía piadosamente: «¿Quién puede penetrar los designios de la Providencia?» Durante su viaje el joven príncipe supo por un mensaje de Berlín el papel que se le quería confiar, lo cual, al parecer, no le sorprendió gran cosa porque, según se afirma, el embajador de España en Florencia había intentado ya explorar sus intenciones. Entonces se dirigió á Prusia, aunque muy lentamente para un pretendiente á una corona. El príncipe Antonio hallábase en Berlín con su esposa, la princesa, para «estar más cerca del teatro de la decisión,» como él mismo escribía; y uno y otra seguían con la mayor ansiedad, aunque con apariencias de calma, el gran negocio en el que se jugaban los destinos de su familia. Los iniciados se comunicaban unos á otros sus impresiones: Bismarck era muy partidario de la aceptación por parte de cualquiera de los dos príncipes, y Antonio censuraba secretamente la poca ambición y el escaso entusiasmo de Fritz. Carlos, desde Rumanía, trataba de calcular las probabilidades que reunía su hermano para salir bien de la empresa; tenía-le por inteligente, pero dudaba de su experiencia y de

(1) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, página 72.

su habilidad para conocer á los hombres, y consideraba necesario exigir tres condiciones: la reorganización del ejército, la de la marina y un conjunto de leyes represivas bastante enérgicas para consolidar el gobierno. Por secretas que fueran estas intrigas, comenzaba á propagarse un vago rumor cuyo eco recogió el agente de Rumanía en Francia, Sr. Stratt. Ante estos primeros indicios de divulgación, el príncipe Antonio se emociona y escribe: «La candidatura fracasaría sólo con que fuese conocida,» añadiendo luego: «He declarado de un modo positivo á Stratt que Leopoldo había recha-

llos que gustan de las aventuras honrosas (1).» El emisario partió inmediatamente. Por grande que fuera su conocimiento del idioma indígena, en todas partes le reconocieron como extranjero, si bien le tomaron por inglés. Durante cerca de un mes recorrió la península, llegando hasta Sevilla y aun hasta Cádiz, y preparando por el camino los elementos de la memoria en que había de resumir los resultados de su viaje. Su impresión fué que el hijo del príncipe Antonio entraría en España bajo los más favorables auspicios: el pueblo ratificaría seguramente la elección hecha por las Cortes, y el ejérci-



Leopoldo de Hohenzollern, candidato al trono de España

zado en absoluto la corona; por ahora no es menester que sepa más.» La razón de esta reserva con el señor Stratt era que éste estaba acreditado cerca de la corte de las Tullerías, y una indiscreción, perjudicial en todas partes, en ninguna había de ser más inoportuna que en París.

Salazar había asegurado que sus compatriotas acogerían con entusiasmo una candidatura germánica; sin embargo, el conde Kanitz, embajador de Prusia en Madrid, mostrábase mucho más circunspecto. Ante esta diversidad de criterios hacía necesario conocer la verdadera situación de las cosas. Había en el ejército prusiano un oficial que dos años antes había seguido las operaciones de la guerra entre el Brasil y el Uruguay y adquirido, gracias á esta circunstancia, un conocimiento perfecto del idioma y de las costumbres españolas. Este oficial, que era el mayor Versen, fué llamado á Berlín á principios de abril, y allí recibió la orden de partir secretamente para España á fin de estudiar cómo sería acogido un Hohenzollern por los políticos y sobre todo por los militares. Versen aceptó la comisión con gran placer, pues era, según la frase que más adelante había de emplear su biógrafo, «de aque-

to estaba bastante bien organizado para ofrecer un apoyo sólido al nuevo rey. El juicio era sincero y lo demuestra el hecho de que en notas más íntimas, redactadas para él solo, el mayor Versen manifestaba análogo optimismo y aun llevaba éste hasta el punto de creer que un Hohenzollern católico y pariente de Napoleón no sería objeto de ninguna objeción fundamental por parte de Francia. El día 6 de mayo regresó Versen á Berlín, seguro de que le felicitarían, de que la corte le llamaría, de que le pondrían por encima de todo el mundo, y su ambición se recreaba pensando en todo esto. Pero Bismarck, que se hallaba enfermo, se había marchado á Varzin, y el emisario esperó melancólicamente unos días, sin saber á quién entregar su memoria y extrañado de que nadie se preocupara de él, hasta que en 15 de mayo una lacónica comunicación le ordenó reunirse inmediatamente á su regimiento que estaba en Posen.

¿Qué había sucedido? Decididamente el príncipe Antonio demostraba suma perspicacia al censurar la

(1) General von Versen, ... *aus hinterlassenen Briefen und Aufzeichnungen zusammengestellt*, por el barón de Werthern, página 79.